

Puertas minúsculas a 303 mundos

Guillermo Vega Zaragoza

La minificción, ha dicho Lauro Zavala, es el género más reciente de la historia literaria, aunque sus orígenes se pueden rastrear hasta tiempos inmemoriales, por más contradictorio que pueda parecer. En Hispanoamérica ha tenido el desarrollo más espectacular y en México ha estado presente desde principios del siglo XX, con autores como Carlos Díaz Dufoo II, pero no fue hasta que Julio Torri, Juan José Arreola y Augusto Monterroso la cultivaron con especial talento que los microcuentos —como también se les conoce— obtuvieron carta de naturalización definitiva en nuestras letras, con exponentes como René Avilés Fabila, José de la Colina, Agustín Monsreal y, más recientemente, Marcial Fernández y Alberto Chimal. Durante muchos años, la revista *El Cuento* de Edmundo Valadés mantuvo un concurso de minificciones cuyo premio era la publicación en sus páginas. Para cada edición se recibían decenas de textos y se daban a conocer los mejores. En la actualidad, gracias a la tecnología digital, esta tradición la mantiene viva el portal de Internet ficticia.com, donde además se realiza un taller literario de minificciones en línea.

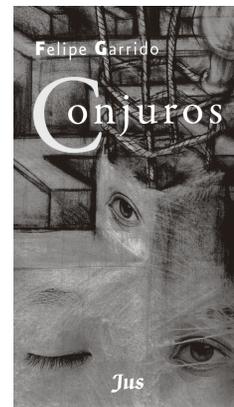
Uno de los grandes autores mexicanos de minificción —valga la aparente paradoja— es Felipe Garrido (Guadalajara, 1942). Cuentista, editor, traductor, conferencista, maestro, formador de lectores, promotor cultural, es autor de una obra vasta y múltiple, de entre la que destaca, para el género que nos ocupa, *La musa y el garabato* (FCE, 1992), colección que recopila cuentos publicados en revistas y semanarios durante varios años. Casi dos décadas después, Garrido nos ofrece *Conjueros*, donde reúne trescientos tres cuentos breves —“no semblanzas, viñetas, cartones, aforismos, chistes ni

ocurrencias”, como se nos advierte en la cuarta de forros—, muchos de los cuales no rebasan ni siquiera las dos páginas.

Para Garrido, así lo ha consignado, “el cuento breve es a la literatura como la miniatura al arte pictórico; una cosa es un gran fresco y otra es un trabajo que ocupa apenas un par de centímetros, que puede llevar mucho tiempo, que requiere una gran capacidad artística y una gran capacidad de síntesis. A mí, de los cuentos cortos me gusta que llevan al cuento a su expresión más depurada”. Así, en esta ocasión nos presenta “historias de personajes de carne y hueso, de sombra y olvido, que se enfrentan —atribulados, esperanzados, desconcertados— a la maravilla del mundo; carcomidos por la certeza de la muerte y por la urgencia del deseo, estos personajes son, sin que ellos lo sepan, esos mismos conjueros que necesitan”.

¿Existe una forma “correcta” de acometer la lectura de un libro como *Conjueros*? Desde luego, la más común sería hacerlo de principio a fin, pero lo cierto es que cada uno de los trescientos tres cuentos es una pequeña puerta para entrar a mundos mínimos y maravillosos, que no ameritan una sola lectura sino varias, tantas como sean necesarias para desentrañar el misterio que esconden y —de nuevo la paradoja— nos descubren.

Otra vez Garrido: “El principal enemigo de un cuento corto es lo que yo llamo *la ocurrencia*. Un cuento necesita tener personajes y tener conflicto. Un pensamiento sorpresivo, un pensamiento deslumbrante, es otra cosa: puede ser un aforismo, una simple ocurrencia, pero no necesariamente es un cuento corto. Los buenos textos cortos son como un relámpago, el relámpago se lleva bien con el *jab* que pide Cortázar o



con la flecha que pide Quiroga. Un cuento breve es deslumbrante y mientras más breve, puede ser más deslumbrante”.

De esta forma, en tal cúmulo de historias que nos ofrece *Conjueros*, podemos encontrar fábulas inmemoriales y míticas, crónicas cotidianas y de familia, relatos de aventuras en mundos fantásticos, chispazos súbitos de lucidez y asombro, que nos revelan tanto la grandeza como la pequeñez del alma humana, que lo mismo se crece ante el peligro y la calamidad, que sucumbe ante el absurdo existencial y las penas de amor, o se fascina ante el misterio y lo maravilloso, como en “Fracaso”, uno de los cuentos más breves del libro: “Subir al tercer piso le toma cincuenta y ocho segundos. Va decidido a terminar. Abre la puerta. Naufraga en sus ojos, color miel”. O en “Océánida”, que raya en la prosa poética: “Un deslumbramiento la bahía. Un deslumbramiento la memoria. Avanzo entre ellos, agudo como una daga”.

Conjueros —quizá sea uno de los mejores libros de minificción publicados en nuestro país en lo que va del siglo— no es un libro para leerse de un tirón sino para degustarse lentamente, varias veces, tantas como se requiera para embarcarse en la expedición de mundos de muy pocas palabras, pero bruñidos y bellamente trabajados, como pequeñas joyas que le permitirán al lector revelar el arte de la creatividad y la imaginación de uno de nuestros mejores escritores. ■

Felipe Garrido, *Conjueros*, Editorial Jus, México, 2011, 296 pp.